

Lunes 17 de Diciembre de 1923

CUESTION DE PESO

Llegan noticias más tranquilizadoras respecto a la salud del Presidente. No es que haya dejado de disparatar, ni haya mermado el chorro de palabras; pero S.E. está aumentando de peso.

La romana destinada a pesar animales en la Exposición de Osorno, romana a la cual el señor Alessandri tuvo la franqueza de subirse, le asignó un peso de noventa y un kilos, según da cuenta "La Nación" del quince. Dudar de esta afirmación sería no sólo desconfiar de la veracidad de un diario semi oficial, sino de la buena fe y experiencia de la báscula en un ramo al cual viene dedicándose desde hace muchos años.

El aumento de peso de S.E. traerá la calma a los espíritus y servirá para desvirtuar muchos diagnósticos.

Los médicos están con testes en que las perturbaciones cerebrales van acompañadas - por lo general - de un debilitamiento y una extenuación apreciables. ¿Quién ha visto un loco gordo? ¿Quién ha visto un enajenado que mientras más habla, grita y anda, se pone más obeso?

Es claro que S.E. no está loco, como cree la mayoría del país, cuando escucha como quien oye llover sus amenazas de clausurar el Parlamento, violar la Constitución y asumir la dictadura. Más aún, con el afán de recorrer el país, con la tendencia ambulatoria que actualmente lo domina, aún poniéndose en el caso de que perdiera la razón, nadie podría considerarlo como un loco. Dada su movilidad, sería en todo caso un locomóvil, lo que no es una ofensa para nadie.

Además, S.E. goza de espléndido apetito. La vista sola de los manjares alineados en una mesa bien dispuesta basta para hacer de él, no ya un Colón, ni un Galileo ni un Napoleón - personajes con los cuales ha solido compararse - sino un verdadero Arquímedes que dice: "Dadme un banquete y levantaré con él al mundo".

¡Qué fuerzas redentoras conmueven al Presidente a la vista de un consomé y una langosta!

"Ante manifestaciones como ésta - dijo en el último banquete de Osorno - no sólo me siento con energías suficientes para salvar al país, sino aún para salvar un mundo."

Lo único deplorable es que para llegar a estos benéficos resultados el aspirante a salvador, no vacila en ocasionar cualquier desastre.

"No decretaré la elección de Nuble - había dicho poco antes en el mismo discurso - aunque me cueste los más cruentos sacrificios!"

Un redentor que está dispuesto a sacrificar a los demás, con el objeto de salvarlos, es realmente un caso extraño y que el país podría mirar como una falta de sensatez y buen sentido sino supiera que el redentor está bastante gordo, y que la obesidad es síntoma de cordura. Ya nadie puede dudar de que el señor Alessandri es todo un hombre de peso.

Ha habido sin duda un error en los anteriores diagnósticos; quien está mal no es el Presidente, sino el país que se perturba y se debilita a ojos vista.

Un caso semejante de incongruencia recuerdo haber leído en una novelita de Taboada que comienza: "Mientras más se querían Pablo y Restituta, más le crecía la nariz a Abdón."

Este principio que sólo parece una originalidad destinada a excitar la nerviosidad de los lectores, se está realizando prácticamente en nuestra vida pública.

Mientras peor está el país, mientras más baja el cambio, mientras más se debilita nuestro prestigio, mientras más decaen nuestras instituciones, mientras más escuálido está el presupuesto, mientras

más hambrienta está la población: más engorda el presidente.

Yo quisiera ver gordo y rollizo al Primer Mandatario pero no a costa de tantos sacrificios.

¿No sería posible conciliar la robustez del Presidente con la de la Nación?

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile